

EL GOLPE DE LAS MALVINAS

unas isllas que en todo caso serían francesas... Ni Schmidt, dentro de sus grandes problemas internos.

La resistencia argentina a los términos de negociación tiene en cuenta todos estos factores. Como los tenía Hitler en su tiempo: creyó siempre que el miedo a la URSS de las democracias europeas le permitiría su acción de fuerza. Llegó un momento en el que se equivocó. Tal vez los militares de Buenos Aires han sido capaces de estudiar todas las posibilidades y de conocer su impunidad; tal vez dentro de la acción entre el farol de aceptar la guerra y preparar a sus poblaciones para ella. La idea de que todo pueda haber sido sugerido por la URSS, directa o indirectamente, no parece desdeñable. Y la combinación de que sea un país oficial y militarmente anticomunista hace más endemoniada —más diabólica, si se prefiere— toda esta cuestión.

Situación nueva

El desenlace del golpe de las Malvinas no es algo que termine en sí mismo. Parece más bien el principio de una situación nueva y peligrosa. Las relaciones mundiales no van a ser las mismas después del suceso: ni las privadas entre Estados Unidos y Gran Bretaña, ni las multilaterales dentro de la OTAN; ni la de los organismos latinoamericanos con Estados Unidos, con Europa en general. En principio, la sensación es la de que las dictaduras ganan en un terreno que les atribuye siempre su propaganda, el de la «eficacia» el de zanjar de golpe los problemas que la negociación hace imposibles; y las democracias pierden en el terreno en que más les acusan sus adversarios, en el de la debilidad, la falta adecuada de respuesta, la discusión de los grandes temas que les afectan.

Una cuestión aparentemente minúscula, una cuestión más de principios que de intereses, que no parece tener comparación con los grandes temas mundiales del momento —Polonia, Oriente árabe, Irán, petróleo...— puede resultar absolutamente emponzoñada y tener la primacía. Es una lección. La vieja lección de que no hay enemigo pequeño... Puede ocurrir que los militares argentinos la hayan emprendido por brutalidad, por torpeza, por ceguera, por ignorancia; pero lo que han emprendido lo que está resultando es un tema principalísimo en el orden, o en el equilibrio, del mundo. ■ E.H.T

GRAN BRETAÑA

Historias, histerias, histriones y demás locuras colectivas

EMILIO LOPEZ MENDEZ

HACE diecisiete años que el Parlamento británico abolió la pena de muerte. Hace un mes, la Federación de Policía mete la marcha atrás y lanza una intensa campaña publicitaria en los medios de Prensa más importantes de Gran Bretaña pidiendo la reinstauración de la pena de muerte, porque creen que «ya va siendo hora que el Parlamento proteja al ciudadano antes que tener consideración por el criminal» y se apoya en que «en 1965 casi no se conocía el terrorismo ni la oleada de crímenes que nos invade». Por decir algo, porque al menos un comentario se merece, mientras que en 1965 el paro alcanzaba a unos pocos cientos de miles, en enero de 1982 superó los tres millones según el Gobierno, y los cuatro, según los sindicatos.

Claro que la señora Thatcher ya ha recalado con apabullante convencimiento que el paro y la crisis económica no tienen ninguna relación con los disturbios raciales y el aumento de la criminalidad y el clima de violencia que se respira en este país. Vamos, que los negros, ya se sabe; los violadores, unos frustrados pichacortas, y el-que-es-malo-desde-la-cuna-desde-la-cuna-comienza, que me viene a la memoria con una mexicana Dolores del Río-María Félix comehombres y cascarrabias. Precisamente —volviendo a lo que estábamos— en la sesión parlamentaria del 31 de marzo, el líder laborista Michael Foot fue contestado por el ministro del Interior, William Whitelaw, con un enérgico «deplorabile», a una alusión del dirigente de la oposición de que el alto número de parados, en particular jóvenes, estaban detrás de los disturbios que reventaron el año pasado en diversas zonas del país y barrios más afectados por la crisis.

Quizá, a la señora Thatcher le afecta más este último período de su mandato. Los conservadores de este

país, preocupados porque en el 83 son las elecciones generales y pueden ser despedidos de sus poltronas de Gobierno, quieren dejar todo atado y bien atado y se han lanzado como locos a privatizar todo lo privatizable, o sea, vender al mejor postor las principales empresas estatales. Y también a apretar las tuercas en lo que a *law and order* se refiere.

El Partido Conservador lanzó una campaña titulada «Violencia, ¿POR QUÉ?», la cual, en un plan shakespeariano de algo huele mal en Dinamarca, comenzaba señalando que hay *something wrong in our society*, o sea, el mal. Y continuaba afirmando que la culpa es de los padres, «les damos casas a nuestros hijos, pero no hogares». Toma ya.

Al mismo tiempo, el Gobierno pretende (y lo está haciendo de hecho) hacer de los desarmados y educados *hobbies* —la Policía, vamos—, unos guerreros-del-antifaz-perseguidores-implicables-del-delito. En la otra acepción, la oposición explica su opinión favorable a una policía más ligada a la comunidad, más integrada en la vida y los problemas diarios de los vecinos de un barrio. O sea, un regreso a esa imagen bucólica del lechero, el panadero, el cartero que a veces llama dos veces, el niño repartidor del periódico y el policía que despiertan al sonriente ciudadano o a la semidormida señora de bata guateada y rulos en la cabeza, con un «buenos días, señor o señora Brown». Esa imagen bucólica que ni usted, señor o señora Pérez, ni yo, conocimos. Nosotros hemos sido educados en un elemental y primitivo temor al uniforme. Y los uniformados (fueran bedeles de instituto, porteros de hoteles, policías o generales), fueron a su vez educados en el uso elemental y primitivo de la autoridad y el poder, y a nosotros no nos podían causar sino pánico. Les juro que, en mis años de púrpura, pensaba que debía besar la mano no sólo a los curas, sino a



todos los uniformados que se cruzaran en mi camino; gracias a mi terror y a bastantes dosis de vergüenza, pudor o timidez, no lo hice nunca: siempre corría a esconderme en un portal cuando en el horizonte divisaba una mancha negra con sombrero de picador, una monja - hermana - madre o un uniforme. Y también he de reconocer humildemente, que en la primera visita que hice a Londres, hace ya una larga decena de años, lo que más me chocó es que los policías ingleses eran guapos, educados y si les preguntaban por una calle, se lo decían.

Ahora hay más policía por las calles y son menos educados. Y a veces, como todos los británicos, se ponen histéricos. Sin ir más lejos, a principios de abril, -que es cuando se escribe esta crónica-, el país estaba ciertamente excitado, y en esta ocasión no eran ni la ley ni el orden ni Irlanda del Norte ni tampoco las peleas matrimoniales entre Margaret Thatcher y François Mitterrand en Bruselas con esto de la contribución británica al Mercado Común. En absoluto. En estos días, el histerismo nacional tenía otros motivos.

El primero, ante la millonaria visita del Papa entre el 28 de mayo y el 2 de junio, un puñado de anglicanos de la vieja guardia han resucitado las pasadas guerras de religión y gestas histórico-históricas y se han lanzado a las calles para dejar bien claro que ellos no admiten componendas ni cambalaches con ese señor de Roma. Y nos recuerdan a todos que siguen pendientes los temas de infalibilidad del Papa así como el dogma de la virginidad de María y otras cosillas.

No comment

Y el otro motivo: la reclamación argentina de las islas Falkland y Georgia del Sur, o sea, las Malvinas, allá abajo, muy cerca de la república videlada, violada y ahora con un Galtieri rezumando argentinismo por los cuatro costados, catapultado a otra histórico-histórica tarea con destino a lo universal de «recuperación patria», tal vez, porque este año no tiene mundiales de fútbol con que tapar la explosiva situación de Argentina.

Y en Gran Bretaña, pásmense, hasta los laboristas diciendo en el Parlamento que los argentinos «han pillado al Gobierno con los pantalones caídos» y la Thatcher que envía un submarino nuclear y dos fragatas y el embajador de Su Graciosa Majestad ante las Naciones Unidas, Sir Anthony Parsons, pidiendo «reuniones urgentes del Consejo de Seguridad» porque «nos invaden». Y, en efecto, el día 2 de abril, todo un ejército de valerosos gauchos armados de cuchillos relucientes y boleadoras ondeantes reencarnando a heroicos Bolívars o Aurelianos Buendía, pusieron pie en tierra con sello de propiedad británico y salieron detrás de un solitario gaitero escocés que trataba de entonar, a duras penas, el «God save the Queen». O sea, un «quilombo» auténtico que dicen los argentinos. Y en la metrópoli, todo el complejo-de-imperio-venido-a-menos -claro, que de algo hay que vivir-, afloró en cuestión de días y una riada incontenible de orgullo nacional inundó los hogares británicos.

Para poner la guinda al espectácu-

lo, una película de lo más patrioter «Chariots of Fire», va y gana un Oscar de la Academia de Hollywood y el guionista, con la estatuita en una mano y el grito en el cielo va y advierte: «the British are coming». Igual que si anunciara el regreso de la minifalda y las canciones de los Beatles. Siguiendo en plan *remember* podía anunciar la vuelta al poder de los laboristas en las elecciones de 1983.

Pero no queda ahí la cosa. En medio de la fiebre de histeria nacional, en plena borrachera de amor patrio, la princesa Diana ha anunciado mesiánicamente que su hijo nacerá el 1 de julio.

Y esta vez ya ha sido el *ne va plus*.

Después de todo esto, de marchas atrás de la historia, de patriotismos desmelenados, de que el juicio del 23 F es... y además... (vamos, ¿me explico?), uno se pregunta seriamente si todas esas leyes de la historia que aprendimos y según las cuales las cosas son así y no pueden ser de otro modo, sirven para algo, como no sea para decorar una librería color madera comprada a plazos. Y uno observa impotente cómo la historia, la razón, el racionalismo nuestro de cada día y esas cosas, son rudamente abofeteados por histerias colectivas e histriónicas (que son «personas que divertían al público con disfraces») de todo tipo.

El más reciente, o sea *last but not least*, palo que hemos recibido quienes vivimos en Londres, ha venido de la mano de los Lores que han condenado como ilegales las tarifas reducidas del transporte público que llevaban funcionando seis meses. Ahora, el Metro y los rojos autobuses londinenses cuestan un 100 por ciento más y se convierten en los más caros del mundo. La gente está sacando sus coches particulares, aumentan el tráfico, los accidentes, la contaminación y el caos y nos tenemos que quedar en casa, encerrarnos con nuestras tristezas y nuestras frustraciones diarias porque la visita a unos amigos puede suponer, sólo de transporte, unas 1.500 pesetas. Y pocos protestan. Una mano anónima, desesperada, escribió en una pared del Metro: «Jodidos Lores, vosotros os lo podéis permitir», como si ya no hubiera nada que hacer. ■ E.L.M.